

llegado á mi noticia : aquellos naturales llaman á Dios *Konciosa*, y parece tienen alguna idea de la adorable Trinidad, porque ya le llaman *Koncikocick*, Dios uno; ya le denominan *Kocioksum*, Dios trino. Sirvense de una especie de rosario, sobre el cual pronuncian estas palabras : *om, ha, hum*; y cuando se les pide la explicación de ellas, responden que *om* significa inteligencia ó brazo, es decir, poder; que *ha* es la palabra, y que *hum* es el corazón ó el amor; voces que, reunidas, significan *Dios*.

Los misioneros ingleses en Otaiti han encontrado algunos vestigios de la Trinidad entre los dogmas religiosos de los habitantes de esta isla.

Además, creemos entrever en la naturaleza misma una prueba física de la Trinidad. Es el architypo del universo, ó si se quiere, su divina armazón. ¿No sería posible que la forma exterior y material participase del arco interior y espiritual que la sostiene, á la manera que Platon representaba las cosas corporales como la sombra de los pensamientos de Dios? El número tres parece ser en la naturaleza el término por excelencia. El tres no es engendrado, y engendra todas las demás fracciones, lo que inducía á Pitágoras á denominarle el número *sin madre*.

Puede descubrirse alguna tradición oscura de la Trinidad, hasta en las fábulas del politeísmo.

Las Gracias la habían tomado por su término; existía en el Tártaro, para la vida y la muerte del hombre, y para la venganza celestial; por último, tres dioses hermanos componían, reuniéndose, el poder entero del universo.

Los filósofos dividían el hombre *moral* en tres partes; y los padres de la Iglesia creyeron hallar la imagen de la Trinidad espiritual en el alma del hombre.

«Si imponemos silencio á nuestros sentidos, dice Bossuet, y nos encerramos durante algun tiempo en el fondo de nuestra alma, es decir, en esa parte donde la verdad se hace oír, veremos en ella alguna imagen de la Trinidad que adoramos. El pensamiento, que sentimos nacer como el germen de nuestro espíritu, y como el hijo de nuestra inteligencia, nos ofrece alguna idea del Hijo de Dios concebido eternamente en la inteligencia del Padre celestial. Hé aquí por qué este hijo de Dios toma el nombre de Verbo, para que entendamos que nace en el seno del Padre, no como nacen los cuerpos, sino como nace en nuestra alma esa palabra interior que en ella oímos, cuando contemplamos la verdad.

«Empero la fecundidad de nuestro espíritu no termina en esa palabra interior, en ese pensamiento intelectual, en esa imagen de la verdad que se forma en nosotros. Amamos esa palabra interior y el espíritu en que nace; y al amarla sentimos dentro de nosotros cierta cosa que no nos es menos preciosa que nuestro espíritu y nuestro pensamiento; que es el fruto del uno y del otro, que los une, que se une á ellos y forma con ellos una misma vida.

«Así, pues, en cuanto es posible hallar relaciones entre Dios y el hombre, se produce en Dios el amor eterno, que sale del Padre que piensa, y del Hijo, que es su pensamiento, para formar con él y su pensamiento una misma naturaleza, igualmente feliz y perfecta.»

Hé aquí un hermoso comentario á propósito de una sola palabra del Génesis : *Hagamos al hombre*.

Tertuliano se expresa en estos términos en su *Apologetica*, acerca del gran misterio de nuestra religión:

«Dios ha creado el mundo mediante su *palabra*, su *razón* y su *poder*. Vuestros mismos filósofos convienen en que *logos*, el Verbo y la razón, es el creador del universo. Los cristianos añaden únicamente que la propia sustancia del *verbo* y de la *razón*, esa sustancia por cuyo medio Dios ha producido todo, es *espíritu*; que esa *palabra* ó el *verbo* ha debido ser pronunciada por Dios, y que habiéndola Dios pronun-

ciado, la ha engendrado; siendo, por lo tanto, *Hijo de Dios*, y Dios, en virtud de la unidad de su sustancia. Si el sol dilata uno de sus rayos, su sustancia no se separa, sino que se extiende. Así pues, el Verbo es *espíritu* de un espíritu, y *Dios* es Dios, como una luz encendida en otra. Por consiguiente, lo que procede de Dios es *Dios*, y los dos con su espíritu, no forman sino uno, que se diferencia en propiedades, no en número; en orden, no en naturaleza; el Hijo ha salido de su principio sin abandonarlo; ahora bien : este rayo de Dios ha bajado al seno de una virgen, y se ha revestido de carne, haciéndose un hombre unido á Dios. Esta carne, sostenida por el espíritu, se alimenta, crece, habla, enseña y obra : ved aquí á Jesucristo.

Esta demostración de la Trinidad puede ser comprendida por cualquiera inteligencia por mediana que sea. Es preciso recordar que Tertuliano hablaba á unos hombres que perseguían á Jesucristo, y que se esforzaban por hallar algun medio de atacar la doctrina y hasta las personas de sus defensores. No ampliaremos estas pruebas, y las abandonamos á los que han estudiado la secta itálica y la alta teología cristiana.

Por lo que respecta á las imágenes que someten á la debilidad de nuestros sentidos el mayor de los misterios, nos cuesta trabajo adivinar lo que el formidable triángulo de fuego impreso en la nube, pueda tener de ridículo en poesía. El Padre bajo la figura de un anciano, magestuoso antepasado de los tiempos, ó representado como una efusión de luz, ¿será una pintura tan inferior á las de la mitología? ¿No es cosa que maravilla el ver al Espíritu-Santo, al espíritu sublime de Jehová, conducido por el emblema de la dulzura, del amor y de la inocencia? ¿Siente Dios la necesidad de sembrar su palabra? El Espíritu no es ya esa paloma que cubría á los hombres bajo sus alas de paz, sino un Verbo visible, una lengua de fuego que habla todos los idiomas de la tierra, y cuya elocuencia levanta ó derriba los imperios.

Para pintar al divino Hijo, nos bastará trasladar aquí las palabras del que lo contempló en la plenitud de su gloria : «Estaba sentado en un trono, dice el Apóstol; su rostro brillaba como el sol en toda su fuerza; sus pies se asemejaban al metal fundido en la fragua, y sus ojos eran dos ascuas. De su boca salía una espada de dos filos; en la mano derecha tenía siete estrellas, en la izquierda un libro sellado con siete sellos, y delante de sus labios corría un río de luz. Los siete espíritus de Dios resplandecían en su presencia como siete lámparas, y de su escabel salían voces, relámpagos y rayos.» (*Apoc.*, cap. I y IV).

#### CAPITULO IV.

##### De la Redención.

Bien así como la Trinidad encierra los secretos del orden metafísico, la Redención contiene las maravillas del hombre, y la historia de sus fines y de su corazón. ¿Con cuánto asombro veríamos, si nos detuviésemos un poco en tan altas meditaciones, estos dos misterios que ocultan en sus sombras las primeras intenciones de Dios y el sistema del universo! La Trinidad confunde nuestra pequeñez, abisma nuestros sentidos con su gloria, y retrocedemos anonadados á su presencia. Pero la tierna Redención, al arrasar en lágrimas nuestros ojos, les evita que se deslumbren demasiado, permitiéndonos á lo menos fijarlas un momento sobre la Cruz.

Vemos desde luego salir de este misterio la doctrina del pecado original, que nos da la explicación del hombre. Sin la admisión de esta verdad, conocida por la tradición de todos los pueblos, nos rodea una noche impenetrable. ¿Cómo nos daríamos cuenta, sin la mancha primitiva, de la viciosa propensión de nues-

tra naturaleza, propensión combatida por una voz que nos dice que fuimos formados para la virtud? ¿Cómo explicarnos la aptitud del hombre para el dolor; cómo esos sudores que fecundan un surco terrible; cómo las lágrimas, las amarguras y los infortunios del justo; cómo los triunfos y prosperidades del perverso; cómo, repito, pudiera comprenderse todo esto sin una primera caída? Por haber desconocido esta degeneración, cayeron en extraños errores los filósofos de la antigüedad, é inventaron el dogma de la reminiscencia. Para convencernos de la fatal verdad de donde procede el misterio que nos rescata, no necesitamos más pruebas que la maldición lanzada contra Eva, maldición que todos los días se cumple á nuestra vista. ¡Cuántas cosas no encierra esa dilaceración de las entrañas, y no obstante, ese placer de la maternidad! ¡Cuán misteriosos anuncios del hombre y de su doble destino, predicen á la vez el dolor y la alegría de la mujer que le da á luz! No es posible desconocer las miras del Altísimo, al hallar los dos grandes fines del hombre en los dolores de su madre, y es preciso reconocer á un Dios, hasta en su maldición.

Además, vemos diariamente al hijo castigado por el padre, y el rechazo del crimen de un antepasado protervo herir á un descendiente virtuoso, lo cual prueba satisfactoriamente la doctrina del pecado original. Empero, como un Dios de bondad é indulgencia sabía que perecemos con esta caída, ha venido á salvarnos. No preguntemos á nuestro entendimiento sino á nuestro corazón, pues, somos débiles y culpables, cómo un Dios puede morir. Si este perfecto modelo del buen hijo; si este ejemplo de fiel amistad; si ese retiro al monte de las Olivas, ese cáliz amargo, ese sudor de sangre, esa mansedumbre de alma, esa cruz, ese velo rasgado, ese peñasco hendido y esas tinieblas de la naturaleza; si, por último, ese Dios que espira por los hombres, no puede conmover nuestro corazón ni inflamar nuestros deseos, es de temer que nunca se hallen en nuestras obras, como en las del poeta, «brillantes milagros,» *speciosa miracula*.

«Las imágenes no son razones, se me objetará tal vez; este es un siglo de luces, que nada admite sin pruebas.»

Que nos hallamos en un siglo de luces, cosa es de que algunos han dudado; pero no nos causará sorpresa el que se nos dirija la citada objeción. Siempre que se ha tratado de argumentar contra el Cristianismo, han respondido los Orígenes, los Clarke y los Bossuet; y cuando estos temibles adversarios han cerrado el camino á toda impugnación ulterior, se ha procurado desvirtuar sus razones, echando en cara al Cristianismo esas mismas disputas metafísicas en que se quisiera envolvernos. Decíase, como Arrio, Celso y Porfirio, que nuestra Religión es un tejido de sutilezas que nada ofrecen á la imaginación ni al corazón, y que no tienen otros sectarios que unos *locos é imbeciles*. Mas, ¿se presenta alguno que, respondiendo á estas acusaciones, se propone demostrar que el culto evangélico es el del poeta, el del alma tierna? pues bien : entonces se replica : «¿Qué prueba todo eso, sino que sabéis pintar un cuadro más ó menos perfecto?» En una palabra : si tratamos de pintar y conmover se nos piden *axiomas* y *corolarios*, y si procuramos razonar, se nos reclaman *sentimientos é imágenes*. Difícil es, por cierto, entenderse con unos enemigos tan frívulos, y que nunca se hallan en el lugar á donde nos llaman. Aventuraremos algunas palabras acerca de la Redención, para demostrar que la teoría del Cristianismo no es tan absurda cual se finge creerlo.

Una tradición universal nos enseña que el hombre ha sido creado en un estado más perfecto que el actual, y que ha tenido una caída. Esta tradición se robustece con la opinión unánime de los filósofos de todos tiempos y países, que nunca han podido explicarse el hombre *moral*, sin suponer un primitivo estado de

perfección, de que la naturaleza humana ha caído por su culpa.

Si el hombre ha sido creado, lo ha sido para algun fin : por consiguiente, habiendo sido creado perfecto, el fin á que había sido llamado no podía dejar de serlo.

Pero, ¿la causa final del hombre no ha sufrido alguna alteración, en virtud de su caída? No, puesto que el hombre no ha vuelto á ser creado; no, puesto que la raza humana ha sido aniquilada, para ser reemplazada por otra.

Así pues, aunque el hombre se ha hecho mortal é imperfecto, merced á su desobediencia, ha subsistido no obstante con sus fines inmortales y perfectos. ¿Cómo llegará á estos fines, en su actual estado de imperfección? No le es posible conseguirlo mediante su propia energía, por la misma razón que un enfermo no puede elevarse á la altura de ideas á que un hombre en plena salud le es dado remontarse. Hay por lo tanto cierta desproporción entre la fuerza y el peso que es forzoso levantar; y en esto se vislumbra ya la necesidad de una ayuda ó redención.

«Este raciocinio, se replicará, sería exacto respecto del primer hombre, pero nosotros somos capaces de nuestros fines. ¡Cuánta injusticia y cuánto absurdo sería darse á creer que todos somos castigados por la falta de nuestro primer padre!»

Sin decidir aquí si Dios tuvo ó no razón para hacernos solidarios, todo lo que sabemos y todo lo que nos basta saber es que existe esta ley, pues vemos que en todas partes el hijo inocente sufre el castigo debido al padre culpable : ley tan estrechamente enlazada con el principio de las cosas, que se repite hasta en el orden físico del universo. Cuando nace un niño contaminado de males, á consecuencia de la vida licenciosa de su padre, ¿por qué no nos quejamos de la naturaleza, pues en último término, qué ha hecho ese inocente para que sobre él recaiga el castigo de ajenos vicios? Ahora bien : las enfermedades del alma se perpetúan como las del cuerpo, y el hombre se halla castigado en su última posteridad, de la falta en que le hizo incurrir la primera levadura del pecado.

Probada así la caída por la tradición universal y por la trasmisión ó la generación del mal moral y físico; y por otra parte, habiendo quedado los fines del hombre tan perfectos como antes de su desobediencia, aunque él haya sufrido una degeneración, debemos inferir que una redención ó un medio cualquiera de hacer al hombre capaz de sus fines, es una consecuencia natural del estado en que ha caído la naturaleza humana.

Una vez admitida la necesidad de una redención, busquemos el orden en que podremos encontrarla. Este orden puede tomarse en el hombre, ó en una condición superior á él.

En el hombre. Para suponer una redención, necesitase que el precio esté á lo menos en razón directa de la cosa que se ha de rescatar. Y, ¿cómo suponer que el hombre, imperfecto y mortal, pudiera ofrecerse á sí mismo para reconquistar un fin perfecto é inmortal? ¿Cómo el hombre, participe de la primera culpa, hubiera podido bastar, así para la parte de pecado que le corresponde, como para la que corresponde al resto del género humano? Semejante abnegación ¿no exigía un amor y una virtud superiores á la naturaleza? Parece que el cielo quiso dejar trascurrir cuatro mil años desde la caída hasta la rehabilitación, á fin de dar á los hombres tiempo bastante para juzgar por sí mismos cuán insuficientes eran sus degeneradas virtudes para tamaño sacrificio.

Restanos, pues, ya solamente la segunda suposición; esto es, que la Redención debía proceder de una condición superior al hombre. Veamos si podía ser obra de algunos seres intermedios entre Dios y el

Milton concibió una idea feliz al suponer que después del pecado, el Eterno preguntó al consternado



cielo si había alguna potestad que quisiera sacrificarse por la salvación del hombre. Las gerarquías celestiales enmudecieron, y entre tantos Serafines, Tronos, Ardores, Dominaciones, Angeles y Arcángeles, ninguno halló en sí bastante fuerza para presentarse cual víctima propiciatoria. Esta concepción del poeta es rigurosamente verdadera en teología. En efecto, ¿dónde hubieran hallado los ángeles, en pró del hombre, el inmenso amor que supone el misterio de la Cruz? Diremos además que la mas sublime de las potestades creadas no hubiera tenido ni aun la fuerza necesaria para consumarlo. Ninguna sustancia angélica podía, á causa de la debilidad de su esencia, arrostrar unos dolores, que segun dice Massillon, unieron sobre la cabeza de Jesucristo todas las *agonias físicas* que podía suponer el castigo de todos los pecados cometidos desde el nacimiento de las razas, y todas las *penas morales* todos los *remordimientos* que habian debido sentir los pecadores al incurrir en la culpa. Si el mismo Hijo del Hombre halló amargo el cáliz, ¿cómo lo hubiera acercado un ángel á sus labios? No hubiese podido apurar las *heces*, y el sacrificio no hubiera sido consumado.

No podíamos, por lo tanto, tener por Redentor sino á una de las tres Personas existentes en toda la eternidad; y de estas tres divinas Personas, vemos que el Hijo, por su misma naturaleza, debía ser el único que nos redimiese. Amor que enlaza las diversas partes del universo; Medio, que reúne los extremos; Principio vivificador de la naturaleza, él era el único que podía reconciliar á Dios con el hombre. Presentóse este nuevo Adam, hombre segun la carne por María, hombre segun la moral por su Evangelio, hombre segun Dios por su esencia. Nació de una virgen para no participar de la falta original, y para ser una víctima sin mancha; y nació en un establo, en el último escalon de las categorías humanas, porque hemos caído en el orgullo; aquí empieza la profundidad del misterio: aquí el hombre se confunde y el velo desciende.

Así es que el objeto á que podíamos llegar antes de la inobediencia, vuelve á sernos nuevamente propuesto; mas el camino que á él nos conduce no es ya el mismo. Adam inocente hubiérase alcanzado por caminos encantados; pero Adam pecador no puede conseguirlo sino á través de precipicios. La naturaleza ha cambiado desde la falta de nuestro primer padre, y el objeto de la Redención no ha sido hacer una creación nueva, sino hallar una salvación final para la primera. Todo, pues, quedó degenerado con el hombre; y este rey del universo, que habiendo nacido inmortal, debía elevarse, sin cambiar de existencia, á la bienaventuranza de las potestades celestiales, no puede ahora gozar de la presencia de Dios sin pasar por los *desiertos del sepulcro*, como dice San Juan Crisóstomo. Su alma ha sido salva de la destrucción final, mediante la Redención; empero su cuerpo, que á la natural fragilidad de la materia reúne la debilidad accidental del pecado, sufrió en todo su rigor la primitiva sentencia: cae, se funde y se disuelve. Dios, despues de la caída de nuestros primeros padres, cediendo á los ruegos de su Hijo, y no queriendo destruir á todo el hombre, inventó la muerte como una semi-nada, para que el pecador sintiese el horror de la nada por entero á que hubiera sido condenado sin los prodigios del amor celestial.

Nos atrevemos á creer que si hay algo claro en metafísica, es la ilación de este raciocinio. Aquí no se da tortura á las palabras, ni aquí hay divisiones y subdivisiones, ni términos oscuros ó bárbaros. El Cristianismo no se compone de estas cosas, como quisieran hacérselo creer los sarcasmos de la impiedad. El Evangelio ha sido predicado al pobre de espíritu y ha sido entendido por él; es el libro mas claro de cuantos se conocen; su doctrina no halla su asilo en la cabeza

sino en el corazón; no enseña á disputar, sino á vivir bien. Sin embargo, no carece de secretos. Lo que hay de verdaderamente inefable en la Escritura es esa mezcla continua de los mas profundos misterios, y de la mas extremada sencillez; caracteres de que proceden lo tierno y lo sublime. No debemos, pues, admirarnos de que la obra de Jesucristo hable tan elocuentemente; y tales son tambien las verdades de nuestra Religión, no obstante su escaso aparato científico, que admitido un solo punto es forzoso aceptar todos los restantes. Hay mas: si intentamos eludir los raciocinios negando el principio, como por ejemplo, el pecado original, arrastrados en breve de consecuencia en consecuencia, nos veremos precisados á ir á perdernos en el ateísmo; desde el momento en que se reconoce á Dios, la religión cristiana llega inevitablemente con todos sus dogmas, como lo han observado Clarke y Pascal. Hé aquí, á nuestro parecer, una de las pruebas mas poderosas en favor del Cristianismo.

Por lo demás, no debe sorprendernos que el que rige sin confundirlos, esos millones de globos que ruedan sobre nuestras cabezas, haya derramado tanta armonía en los principios de un culto establecido por Él; no debe sorprendernos que haga girar los encantos y grandezas de sus Misterios en el círculo de una lógica incontrarrestable, así como dirige la revolución de los astros, para traer las flores ó las tempestades de las estaciones. Apenas se concibe el desenfreno del siglo contra el Cristianismo. Si es verdad que la Religión es necesaria á los hombres, como lo han creído todos los filósofos, ¿con qué culto se pretende reemplazar el de nuestros padres? Durante mucho tiempo recordaremos aquellos días en que unos hombres sanguinarios intentaron erigir altares á las virtudes sobre las ruinas del Cristianismo; hombres que con una mano levantaban cadalsos, y con la otra garantizaban en el frontispicio de nuestros templos la *eternidad* á Dios, y la *muerte* al hombre; y los mismos templos donde en otro tiempo se veía á ese Dios conocido del universo, y esas imágenes de la Virgen que consolaban á tantos infelices, estaban consagrados á la *Verdad*, á quien ningún hombre conoce, y á la *Razon*, que jamás ha enjugado una lágrima.

## CAPITULO V.

### De la Encarnacion.

LA Encarnacion nos presenta al soberano de los cielos en un establo; *al que lanza el rayo, rodeado de pañales de lino; al que no puede ser contenido en el universo, encerrado en el seno de una mujer*. La antigüedad hubiera sabido sacar gran partido de esta maravilla. ¿Qué cuadros nos hubieran dejado Homero y Virgilio del nacimiento de un Dios en un pesebre; de unos pastores que acuden presurosos á rodear su cuna; de unos magos guiados por una estrella; de unos ángeles que bajan al desierto; de una Virgen madre que adora á su recién nacido, y de toda esta mezcla de inocencia, de encantos y de grandeza!

Prescindiendo de lo que nuestros Misterios tienen de directo y sagrado, pueden hallarse bajo sus velos las verdades mas embelesadoras de la naturaleza. Estos secretos del cielo, sin hablar de su parte rústica, son tal vez el tipo de las leyes morales y físicas del mundo, lo cual sería muy digno de la gloria de Dios, y entonces se entrevería el por qué ha querido manifestarse en estos Misterios, con preferencia á cualquier otro que hubiera podido escoger. Jesucristo, por ejemplo, ó el mundo moral, naciendo en el seno de una virgen, nos enseñaría el prodigio de la creación física, y nos mostraría el universo formándose en el seno del amor celestial. Las parábolas y las figuras de este misterio se habrían grabado luego en cada uno de los objetos que nos rodean. En efecto, la fuerza nace en

todas partes de la gracia; el río sale de la fuente; el león es primero alimentado con una leche semejante á la que chupa el cordero; y entre los hombres, el Omnipotente ha prometido la gloria del cielo á los que practican las mas humildes virtudes.

Los que no descubrieron en la casta Reina de los ángeles sino unos misterios de oscuridad, dignos son de lástima. Parécenos que pudiera decirse algo bastante tierno acerca de esta mujer mortal, que llegó á ser la madre inmortal de un Dios redentor; acerca de esa María, á la vez virgen y madre, los dos estados mas divinos de la mujer; acerca de esa hija candorosa del antiguo Jacob, que acude al amparo de las miserias humanas, y sacrifica á un hijo, para salvar la raza de sus padres. Esta tierna mediadora entre el Eterno y nosotros, abre con la dulce virtud de su sexo un corazón lleno de bondad á nuestras tristes confidencias, y desarma á un Dios en su enojo; dogma de consuelo que mitiga el terror que un Dios inspira, é interpone la hermosura entre nuestra nada y la magestad divina!

Los cánticos de la Iglesia nos pintan á la bienaventurada María sentada en un trono de candor, mas puro que la nieve; brilla sobre ese trono como una *rosa misteriosa*, ó como la *estrella de la mañana*, *precursora del sol de la gracia*; los ángeles mas hermosos la sirven, en tanto que las voces celestiales forman en su derredor suavísimos conciertos; en esta hija de los hombres se encuentran el *refugio de los pecadores* y el *consuelo de los afligidos*; ignora las santas iras del Señor, que toda es bondad, toda compasión, toda indulgencia.

María es la divinidad de la inocencia, de la debilidad y del infortunio. La multitud de sus adoradores en nuestros templos se compone de pobres marineros, á quienes ha salvado del naufragio, de antiguos inválidos, á quienes ha librado de la muerte bajo el hierro de los enemigos de la Francia, y de mujeres jóvenes cuyos dolores ha calmado. Estas presentan sus hijos ante su imagen; y el corazón del tierno infante, incapaz de comprender aun al Dios del cielo, comprende ya á la divina madre que lleva un niño en brazos.

## CAPITULO VI.

### LOS SACRAMENTOS.

#### El Bautismo y la Confesion.

Si los Misterios anonadan el espíritu por su grandeza, experimentase otra especie de asombro, pero acaso no menos profundo, al contemplar los Sacramentos de la Iglesia, instituciones que abrazan por entero al hombre civil y moral.

El Bautismo, primer sacramento que la Religión confiere al hombre, le *reviste de Jesucristo*, segun la palabra del Apóstol. Este sacramento nos recuerda la corrupción en que hemos nacido, las entrañas rasgadas por el dolor que nos encerraron, y las tribulaciones que en este mundo nos esperan; nos dice que nuestras faltas recaerán sobre nuestros hijos, y que todos somos solidarios: enseñanza terrible que, bien meditada, bastaría por sí sola para hacer reinar la virtud entre los hombres.

Ved al neófito en medio de las aguas del Jordán: el solitario del vecino peñasco derrama sobre su cabeza el agua lustral; el río de los patriarcas, los camellos de sus orillas, el templo de Jerusalén y los cedros del Líbano, muéstranse atentos ó por mejor decir, miran al joven en las sagradas fuentes. La regocijada familia que le rodea, renuncia por él al pecado, y le da el nombre de su abuelo, que se immortaliza en ese renacimiento perpétuo que el amor produce de raza en raza. Ya el padre se apresura á tomar á su hijo para llevarlo á una esposa que cuenta

impaciente todos los golpes de la campana bautismal. Todos rodean el lecho materno, y todos los ojos vierten lágrimas de ternura y religión; el nuevo nombre del niño, antiguo nombre de su abuelo, repitese de labio en labio; y mezclando todos los recuerdos pasados con las presentes alegrías, se cree reconocer al anciano en el recién nacido, que hace revivir su memoria. Tales son los cuadros que presenta el sacramento del Bautismo; pero la Religión siempre moral, siempre grave, aun cuando es mas risueña, nos muestra al hijo de los reyes vestido de púrpura, renunciando á las grandezas de Satanás en la misma piscina en que el hijo del pobre, cubierto de harapos, acaba de abjurar unas pompas á cuya participacion no será llamado.

Hallamos en San Ambrosio una descripción curiosa del modo con que se administraba el sacramento del Bautismo en los primeros siglos de la Iglesia. El día elegido para esta ceremonia era el Sábado Santo, y se daba principio á ella tocando las ventanas de las narices y las orejas del catecúmeno, diciendo *ephpheta, abrios*; luego se le hacia entrar en el Santo de los Santos, y en presencia del diácono, del presbítero y del obispo, renunciaba á las obras del demonio. Volvía hacia el Occidente, imagen de las tinieblas, para abjurar al mundo, y hacia el Oriente, símbolo de la luz, para sellar su alianza con Jesucristo. Entonces el obispo bendecía el baño, cuyas aguas, en sentir de San Ambrosio, indican los misterios de la Escritura: la Creación, el Diluvio, el paso del mar Rojo; la Nube, las Aguas de Mara, Naaman y el paralítico de la Piscina. Hecha sobre las aguas la señal de la cruz, sumergíase en ellas tres veces al catecúmeno en honor de la Trinidad, enseñándole que en el Bautismo dan testimonio tres cosas: el agua, la sangre y el espíritu.

Al salir del Santo de los Santos, el obispo ungió la cabeza al hombre renovado para imponerle el sello de la raza elegida y de la nacion sacerdotal del Señor. Luego se le lavaban los pies, y se le vestía un traje blanco, símbolo de la inocencia; despues de lo cual recibía en el sacramento de la Confirmacion el espíritu de divino temor, de sabiduría é inteligencia, de consejo y fuerza, de doctrina y piedad. El obispo pronunciaba en alta voz las palabras del Apóstol: *Dios el Padre te ha marcado con su sello; Jesucristo Nuestro Señor te ha confirmado, y ha dado á tu corazón las arras del Espíritu-Santo*.

El nuevo cristiano marchaba entonces al altar, para recibir el pan de los ángeles, diciendo: *Entraré en el altar del Señor, del Dios que alegra mi juventud*. En presencia del altar, cubierto de vasos de oro, antorchas, flores y telas de seda, el neófito exclamaba con el Profeta: *Habéis preparado una mesa delante de mi; el Señor me sustenta, y nada me faltará, pues me ha colocado en un lugar abundante en alimento*. La ceremonia terminaba con la celebracion del sacrificio de la misa. Muy augusta debía ser la fiesta en que los Ambrosios daban al pobre inocente el puesto que negaban al emperador culpable.

Si en este primer acto de la vida cristiana no se advierte una mezcla divina de teología y de moral, de misterios y sencillez, nunca habrá cosa divina en Religión.

Pero considerado en mas alta esfera y como figura del misterio de nuestra Redención, el Bautismo es un baño que restituye al alma su primer vigor. No es posible recordar sin emoción la hermosura de los antiguos días, cuando los bosques no tenían bastante silencio ni las grutas bastante profundidad para los filios que iban á meditar en ellos los Misterios. Aquellos primitivos cristianos, testigos de la renovación del mundo, se ocupaban de pensamientos muy diferentes de los que hoy nos encorvan hacia la tierra, pues somos cristianos envejecidos en el siglo, que no en la fe. En aquel tiempo la sabiduría se albergaba en los peñascos, en las cuevas de los leones, y los reyes



iban á consultar al solitario de la montaña. ¡Dias harto rápidos! Ya no hay un San Juan en el desierto; y el venturoso catecúmeno no sentirá ya correr sobre su cabeza las aguas del Jordán, que arrastraban al mar todas sus manchas.

Al Bautismo sigue la Confesion; y la Iglesia, con esa prudencia que solo ella posee, ha fijado la época de la administracion de este sacramento en la edad en

que se puede concebir la idea del pecado; pues es cierto que á los siete años el niño tiene las nociones del bien y del mal. Todos los hombres, sin escluir á los filósofos, sean cuales fueren por otra parte sus opiniones, han mirado el sacramento de la Penitencia como una de las barreras mas fuertes que pueden oponerse al vicio, y como la obra maestra de la sabiduría. «Cuántas restituciones y reparaciones, dice Rousseau,



LA SANTISIMA TRINIDAD.

no produce la Confesion entre los católicos!» En sentir de Voltaire, «la Confesion es una cosa muy útil, y un freno al crimen, inventado en la mas remota antigüedad. El pueblo se confesaba en la celebración de todos los antiguos misterios, y nosotros hemos imitado y santificado esta sabia costumbre, muy oportuna para inducir al perdón á los corazones ulcerados por el odio.»

Sin esta institucion saludable, el culpable caeria en la desesperacion. ¿En qué seno descargaría el peso de su corazón? ¿Acaso en el de un amigo? Mas, ¿quién puede contar con la amistad de los hombres? ¿Buscaría los desiertos como confidentes? Los desiertos resuenan siempre amenazadores para el crimen con el eco de aquellas trompetas que el parricida Neron creía oír en derredor de la tumba de su madre. Cuando la

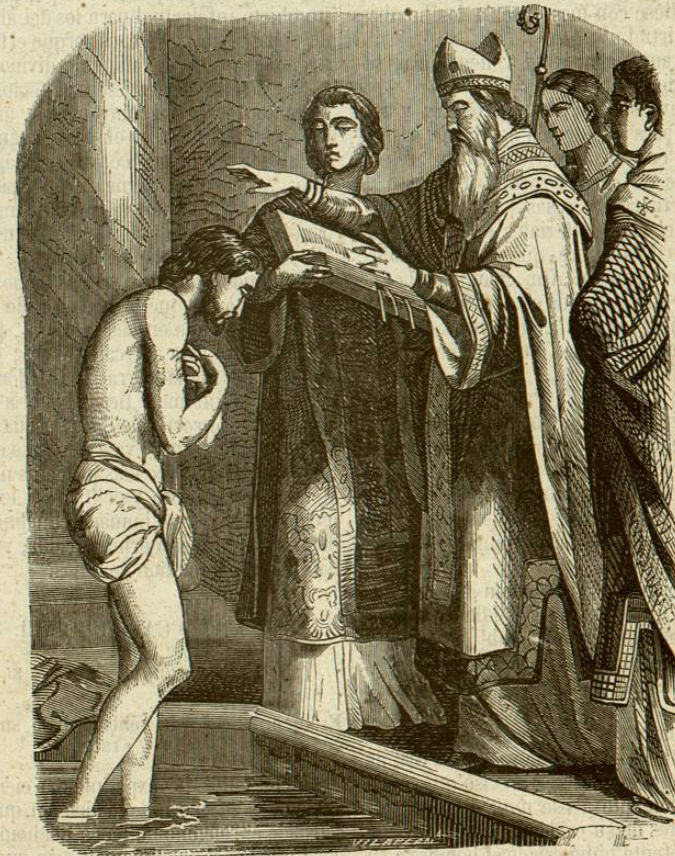
naturaleza y los hombres se nos muestran desapiadados, es muy tierno hallar un Dios pronto á perdonarnos; que sola la religion cristiana pudo hacer hermanos el arrepentimiento y la inocencia.

## CAPITULO VII.

## De la Comunión.

A los doce años y en la primavera, el adolescente se une á su Criador. Despues de haber llorado la muerte del Redentor del mundo con el monte Sion, y despues de recordar las tinieblas que cubrieron la tierra,

la Cristiandad sale de su dolor: las campanas se reaniman, los santos se descubren, y el grito de la alegría, el antiguo *aleluya* de Abraham y de Jacob, hace resonar la bóveda de los templos. Las tiernas doncellas vestidas de lino, y los mancebos coronados con guirnaldas de hojas, se adelantan por un camino sembrado con las primeras flores del año, y se dirigen al santuario repitiendo los nuevos cánticos; sus padres les siguen, y en breve desciende Jesucristo al altar para ofrecerse á aquellas almas delicadas. El pan de los ángeles es depositado en la lengua veraz, no manchada aun por mentira alguna, mientras el sacerdote bebe en el vino puro la sangre meritoria del Cordero.



EL BAUTISMO.

En esta solemnidad, Dios recuerda un sacrificio de sangre bajo las especies mas pacíficas, pues á las incommensurables alturas de estos misterios se mezclan los recuerdos de las mas halagüeñas escenas. La naturaleza resucita con su Criador, y el ángel de la primavera parece le abre las puertas de la tumba á imitacion de aquel espíritu de luz que levantó la piedra del glorioso sepulcro. La edad de los tiernos comulgantes y la del nacimiento del año confunden su juventud, sus armonías y su inocencia. El pan y el vino anuncian los dones de los campos, próximos á su madurez, y reproducen los agradables cuadros de la agricultura; por último, Dios baja á las almas de esos niños para fecundarlas, bien así como baja en aquella estacion al seno de la tierra, para hacerla producir sus dones y riquezas.

¿Y qué significa, se preguntará, esa Comunión mis-

tica en que la *razon* se ve precisada á someterse á un absurdo sin provecho alguno para las costumbres? Permitásenos responder desde luego en general por todos los ritos cristianos, que encierran *la mas alta moralidad*, por el mero hecho de haber sido practicados por nuestros padres; por el mero hecho de haber sido cristianas nuestras madres; y por último, porque la Religion ha cantado en derredor de las sepulturas de nuestros mayores, y deseado paz á sus cenizas.

Empero, aun suponiendo que la Comunión fuese una ceremonia pueril, es por lo menos mucha ceguedad no ver que una solemnidad que debe ser precedida de una confesion general, que no puede tener lugar sino despues de una larga serie de acciones virtuosas, es muy provechosa á las buenas costumbres. Lo es hasta tal punto, que si un hombre se acercase dignamente



una sola vez al mes al sacramento de la Eucaristía, sería necesariamente el mas virtuoso de cuantos pueblan la tierra. Haced extensivo este argumento de lo individual á lo colectivo, esto es, del hombre al pueblo, y vereis que la Comunión es una legislación entera.

«Hé aquí unos hombres, dice Voltaire (cuya opinión no será sospechosa), que reciben en sí á Dios, en medio de una ceremonia augusta, al resplandor de cien cirios, despues de oír una música que ha embelgado sus sentidos, y al pié de un altar donde resplandece el oro. La imaginación se siente avasallada y el alma enternecida; respirase con dificultad; el corazón se siente desprendido de los bienes terrenos, y se une con Dios, que está en nuestra carne y en nuestra sangre. ¿Quién se atreverá á cometer ó podrá cometerla, una sola falta, ni concebir tan solo el propósito de arrojarse á ella? Era imposible ciertamente imaginar un misterio que impeliere con mas eficacia los hombres al ejercicio de la virtud.»

Si nos expresáramos con igual vehemencia, seríamos calificados de fanáticos.

La Eucaristía tuvo su origen en la Cena; y aquí apelamos al pintor para que decida acerca de la hermosura del cuadro en que Jesucristo está representado diciendo: *Hoc est corpus meum*. Respecto de esto debemos advertir cuatro cosas:

1.º En el pan y el vino materiales se ve la consagración del alimento del hombre, que procede de Dios, y que debemos á su largueza. Aun cuando en la Comunión no hubiera otra cosa que este ofrecimiento de las riquezas de la tierra al que las dispensa, esto solo bastaría para compararla á las mas hermosas costumbres religiosas de la Grecia.

2.º La Eucaristía recuerda la Pascua de los israelitas, suceso que sube al tiempo de los Faraones; anuncia la abolición de los sacrificios sangrientos; es tambien la imagen de la vocación de Abraham y de la primera alianza de Dios con el hombre. Cuanto hay de grande en antigüedad, en historia, en legislación y en figuras sagradas, se encuentra reunido en la comunión del cristiano.

3.º La Eucaristía anuncia la reunión de los hombres en una gran familia, pues enseña el fin de las enemistades, la igualdad natural y el establecimiento de una nueva ley que no conocería ni judíos ni gentiles, é invitaria á una misma mesa á todos los hijos de Abraham.

Finalmente, la cuarta cosa que se descubre en la Eucaristía es el misterio directo y la presencia real de Dios en el pan consagrado. Aquí es preciso que el alma vuele por un momento á ese mundo intelectual que le fue abierto antes de su caída.

Quando el Omnipotente hubo criado al hombre á su semejanza, animándole con un soplo de vida, hizo alianza con él. Adam y Dios conversaban en la soledad, pero la alianza quedó rota de hecho por resultado de la desobediencia, porque el Ser Eterno no podía proseguir comunicándose con la muerte, ni la Espiritualidad tener algo de común con la materia, pues entre dos cosas de propiedades diferentes no puede establecerse punto alguno de contacto sino en virtud de un medio. El primer esfuerzo que el amor divino llevó á cabo para acercarse á nosotros, fue la vocación de Abraham y el establecimiento de los sacrificios, figuras que anunciaban al mundo el advenimiento del Mesías. El Salvador, al rehabilitarnos en nuestros fines, como hemos observado al hablar de la Redención, debía devolvernos nuestros privilegios; y el mas precioso de estos era sin duda el de comunicar con el Criador. Pero esta comunicación no podía ya tener lugar inmediatamente como en el Paraiso terrenal; en primer lugar, porque nuestro origen subsistió mancillado; y en segundo, porque nuestro cuerpo, ya esclavo de la muerte, es harto débil para comunicar directamente con Dios sin espirar. Era preciso, pues, un intermedio mediato, y

este fue su Hijo, que se dió al hombre en la Eucaristía, haciéndose, digámoslo así, el camino sublime por cuyo medio nos reunimos de nuevo al Creador de nuestra alma.

Empero si el Hijo permaneció en su esencia primitiva, es evidente que la misma separación hubiese existido en la tierra entre Dios y el hombre, toda vez que no puede haber unión entre la pureza y la mancha, entre una realidad eterna y el sueño de nuestra vida. Pero el Verbo se dignó hacerse semejante á nosotros, al descender al seno de una mujer. Por una parte se enlaza con su Padre en virtud de su espiritualidad, y por la otra se une con la carne, en razón de su forma humana; de esta manera se constituye el lazo buscado entre el hijo culpable y el padre misericordioso. Ocultándose bajo la especie de pan, se hace un objeto sensible para los ojos del cuerpo, mientras permanece un objeto intelectual para los del alma. Si ha escogido el pan para velarse, es porque el trigo es un emblema noble y puro del alimento divino.

Si esta elevada y misteriosa teología de que nos limitamos á trazar algunos rasgos, arredra á nuestros lectores, obsérvese no obstante cuán luminosa es esta metafísica comparada con la de Pitágoras, Platon, Timoteo, Aristóteles, Carneades y Epicuro, pues no se halla en ella ninguna de esas abstracciones de ideas, para las cuales es forzoso crearse un lenguaje ininteligible al común de los hombres.

Resumiendo lo que hemos dicho acerca de la Comunión, vemos que presenta desde luego una pompa encantadora; que enseña la moral, porque es preciso hallarse puro para acercarse á ella; que es la ofrenda de los dones de la tierra al Criador, y que trae á la memoria la sublime y tierna historia del Hijo del Hombre. Unida al recuerdo de la Pascua y de la primera alianza, la Comunión va á perderse en la noche de los tiempos; se enlaza con las primeras nociones relativas al hombre religioso y político, y expresa la antigua igualdad del género humano; finalmente, perpetúa la memoria de nuestra primera caída, y la de nuestra rehabilitación y reunión con Dios.

## CAPITULO VIII.

### LA CONFIRMACION, EL ORDEN Y EL MATRIMONIO.

#### Exámen del voto de celibato bajo sus relaciones morales.

Es imposible no experimentar cierta admiración al considerar la época de la vida en que la Religión ha señalado el solemne himeneo del hombre con el Criador: esa época es el momento en que el corazón va á inflamarse en el fuego de las pasiones; el momento en que la mente puede concebir al Ser Supremo: Dios se muestra como el inmenso genio que atormenta súbitamente al jóven, llenando todas las facultades de su alma inquieta y engrandecida. Pero el peligro aumenta, y el inexperto viajero, lanzado á la senda de la vida, há menester de nuevos auxilios. La Religión, que no le olvida, le reserva un apoyo en la Confirmación: esta acude á sostener sus trémulos pasos, como el báculo del peregrino, ó como aquellos cetros que se transmitían de raza en raza entre los reyes antiguos, y en los cuales se apoyaban los Evandros y los Néstores, pastores de los hombres, al juzgar á los pueblos. Notemos que la moral entera de la vida se encierra en el sacramento de la Confirmación, puesto que todo aquel que tiene la fuerza necesaria para confesar á Dios, practicará por precisión la virtud, toda vez que el pecar es renegar del Criador.

El mismo espíritu de sabiduría ha colocado el Orden y el Matrimonio inmediatamente despues de la Confirmación.

El niño es ya hombre, y la Religión que le ha segui-

do con tierna solicitud en el estado natural, no le abandonará en el social. Admirad aquí la profundidad de los designios del Legislador de los cristianos. No ha establecido sino dos sacramentos sociales, si podemos decirlo así, porque en efecto, solo hay dos estados en la vida: el celibato y el matrimonio. Así, pues, sin detenerse en las distinciones civiles, inventadas por nuestra mezquina razón, Jesucristo divide la sociedad en dos clases, á las que da, no leyes políticas sino morales, y en esto se halla de acuerdo con toda la antigüedad. Los antiguos sabios de Oriente, que han dejado tan colosal nombradía, no reunían á los hombres tomándolos al azar, para meditar impracticables constituciones, sino que eran unos verdaderos solitarios que habian viajado mucho tiempo, y cantaban á los dioses sobre la lira. Cargados con las riquezas adquiridas en extrañas naciones, y aun mas ricos con los dones de una vida santa, pulsando el laud y ostentando una corona de oro sobre la nevada cabellera, aquellos hombres divinos, sentados á la sombra de algun plátano, dictaban sus lecciones á todo un pueblo embelgado. ¿Y cuáles eran las instituciones de los Amfiones, los Cadmos y los Orfeos? Una hermosa música, llamada Ley, danzas, cánticos, algunos árboles consagrados, unos ancianos que guiaban unos niños, un himeneo formado al pié de un sepulcro, la Religión y Dios en todas partes. Esto lo ha hecho tambien el Cristianismo, aunque de una manera aun mas admirable.

Sin embargo, los hombres nunca se avienen relativamente á los principios, y las instituciones mas sabias han hallado detractores. Así es que en estos últimos tiempos se ha clamado contra el voto del celibato, inherente al sacramento del Orden. Unos, buscando por donde quiera armas contra la Religión, han creído hallarlas en ella misma, y han hecho valer la antigua disciplina de la iglesia, que, en su opinión permitía el matrimonio al sacerdote, al paso que otros se han contentado con hacer de la castidad cristiana el blanco de sus sarcasmos. Respondamos á los hombres razonadores y á las objeciones morales.

Es cierto que el séptimo cánón del segundo concilio de Letran en el año 1139, fija sin ningun género de duda el celibato del clero católico en una época mas remota; pueden citarse algunas disposiciones del concilio citado, en 1123; de Tibur, en 895; de Trolí, en 909; de Toledo, en 633, y de Calcedonia, en 451. Baronio prueba que el voto del celibato era general entre el clero en el siglo diez y seis. Un cánón del primer concilio de Tours escomulga á todo presbítero, diácono ó subdiácono que hubiese conservado su mujer despues de recibidas las órdenes: *Si inventus fuerit presbyter cum sua presbytera, aut diaconus cum sua diaconisa; aut subdiaconus cum sua subdiaconisa, annum integrum excommunicatus habeatur*. La virginidad era mirada con el estado mas perfecto para un cristiano, desde los tiempos de San Pablo.

Pero aun admitiendo por un momento que el matrimonio de los sacerdotes hubiese sido tolerado en la primitiva Iglesia, lo que no puede sostenerse histórica ni canónicamente, no se inferiría de esto que les debiese ser permitido en la actualidad. Las costumbres modernas se oponen á esta innovación, que destruiría por otra parte radicalmente la disciplina de la Iglesia.

En los antiguos dias de la Religión, dias de combates y de triunfos, los cristianos poco numerosos y llenos de virtud, vivían fraternalmente entre sí, disfrutaban de las mismas alegrías y participaban de las mismas atribuciones en la mesa del Señor. El pastor podía, pues, en rigor tener una familia en medio de aquella sociedad santa, que era ya su familia; no era desviado por sus propios hijos del cuidado de sus restantes ovejas, pues formaban parte de su rebaño; ni podía delatar en provecho de ellos los secretos del pecador, puesto que no habia pecados que ocultar, y las confesiones se hacían en alta voz en aquellas basílicas de la muer-

te, en que los fieles se reunían para orar sobre las cenizas de los mártires. Aquellos cristianos habian recibido del cielo un sacerdocio que nosotros hemos perdido. Mas que una asamblea popular, formaban una comunidad de levitas y de religiosas: el Bautismo habia hecho de todos unos sacerdotes y confesores de Jesucristo.

San Justino el Filósofo, en su primera *Apología*, hace una admirable descripción de la vida de los fieles de aquel tiempo. «Se nos acusa, dice, de perturbadores de la tranquilidad del Estado, y no obstante, uno de los principales dogmas de nuestra fe es que nada está oculto á los ojos de Dios, y que nos juzgará severamente un día por nuestras buenas ó malas acciones: pero, ¡oh poderoso emperador! las mismas penas que has decretado contra nosotros, nos radican en nuestro culto, pues todas esas persecuciones nos han sido predichas por nuestro Maestro, hijo del Supremo Dios, padre y señor del universo.»

«El día del sol (el domingo), todos los habitantes de la ciudad y del campo se reunían en un lugar común; leíanse las Sagradas Escrituras; luego, un anciano exhortaba al pueblo á imitar tan hermosos ejemplos. Levantábanse y oraban de nuevo; se presentaba agua, pan y vino, y el prelado recitaba la acción de gracias, respondiendo la concurrencia *Amen*. Distribuíase una parte de las cosas sagradas, y los diáconos llevaban el resto á los ausentes. Hacíase una cuestación, y los ricos daban lo que tenían á bien. El prelado guardaba estas limosnas para asistir á las viudas, huérfanos, enfermos, presos, pobres y extranjeros, y en una palabra, á todos los necesitados, que corrían esencialmente por cuenta del prelado. Si nos reunimos en el día del sol, es porque Dios formó el mundo en él, y en él resucitó á su Hijo para confirmar á sus discípulos en la doctrina que hemos expuesto.

«Si te parece buena, respétala, y si despreciable, recházala; mas no por ello entregues á los verdugos unos hombres que ningun mal han hecho, porque nos atrevemos á anunciarte que no evitarás el juicio de Dios si permaneces en la injusticia; por lo demás, sea cual fuere nuestra suerte, ¡cúmplase la voluntad de Dios! Hubiéramos podido reclamar tu equidad en virtud de la carta de tu padre César Adriano, de ilustre y gloriosa memoria; pero hemos preferido confiarle la justicia de nuestra causa.»

La *Apología* de Justino estaba bien hecha para sorprender la tierra. El autor acababa de revelar una edad de oro en medio de la corrupción, y de descubrir un pueblo nuevo en los subterráneos de un antiguo imperio. Semejantes costumbres debieron parecer tanto mas hermosas, cuanto que no eran conocidas en los primeros dias del mundo, en consonancia con la naturaleza y las leyes, y formando un notable contraste con el resto de la sociedad. Lo que hace la vida de aquellos fieles mas interesante que la de esos hombres perfectos cantados por la Fábula, es que estos se nos representan felices, y aquellos se nos muestran á través de los encantos del infortunio. La virtud no se ostenta con mas poder á la sombra de los bosques y á la orilla de las fuentes, sino que debemos verla á la sombra de los muros de las cárceles, y entre las olas de sangre y de lágrimas. ¡Cuán divina es la Religión, cuando en el fondo de un subterráneo, en el silencio y en la noche de los sepulcros, un pastor rodeado de peligros celebra al resplandor de una lámpara, delante de un rebaño de fieles, los Misterios de un Dios perseguido!

Era necesario consignar sólidamente esta inocencia de los cristianos primitivos, para enseñar que si á pesar de tanta pureza se hallaron inconvenientes al matrimonio de los sacerdotes, sería de todo punto imposible admitirlo en la actualidad.

En efecto, cuando los cristianos se multiplicaron y la corrupción cundió entre los hombres, ¿cómo hu-